

ofrecerse fáciles alivios á dolores, que son harto reales, por desgracia, aunque no se les exagere de intento, en el mundo. Pero si yo no me engaño, es digno de cuenta, que lo sobrenatural, lo revelado, Dios, no eran, como para tantos otros, en el caso presente, para Pastor Diaz una mera hipótesis, propia para erigir sobre ella un razonable sistema: no una afirmacion arbitraria, de aquellas que exige primaria y necesariamente la lógica á los filósofos más incrédulos, ántes de que inicien, y para que puedan iniciar de algun modo el proceso sintético ú analítico de sus inducciones ó deducciones. Pastor Diaz era de verdad cristiano; y aun por eso esgrimia con tan singular desembarazo las armas del cristianismo contra los socialistas. Adviértese á la legua, en sus frases, la elocuencia inequívoca del propio convencimiento. Ábrase por donde quiera el libro, sobradas pruebas se hallarán en él de estos asertos: pocos tendrán tan á la manò, y tan segura la prueba.

No hay hombre, dice desde luego Pastor Diaz, que estudie la Filosofía y la Historia, y no tenga que anonadarse confundido, y postrarse deslumbrado delante del Evangelio. Para él, sólo el cristianismo realiza, «la divina alianza entre la idea más dilatadamente social, (que aún por eso se llama católica), y el reconocimiento más santo de

» la dignidad humana.» La Iglesia es á sus ojos «un ideal de tan formidable grandeza y de tan sorprendente sublimidad, que ninguna inteligencia humana hubiera podido concebir este pensamiento.» La armonía de las voluntades individuales dentro del estado social no puede tampoco producir-la en su opinion, sino «una idea, un principio superior á la voluntad de cada uno;» y afirma por lo mismo que cuando Dios ha permitido que se ofrezca á los ojos humanos un ejemplar de esta sublime concordia, la han dado todos «un nombre más significativo que *socialismo*, más noble que patria, más blando que derecho, más consolador que obligacion, más sensato que libertad, más venerando que autoridad y poder.» Lo que por fuerza hicieron, no ya sólo el mundo sino el propio cielo, al decir de nuestro autor, fué llamar RELIGION «á este sentimiento, á esta doctrina, á esta asociacion, y á esta sublime esperanza.»

Natural era que, arrancando de tales fundamentos su raciocinio, no hallase el publicista español la armonia, que á la sazón se buscaba, «entre la propiedad y el trabajo, entre el capital y la ganancia, entre la produccion y el consumo, entre la acumulacion y la reparticion, entre la riqueza y la miseria, entre las clases opulentas y las necesitadas, entre las necesidades físicas y las aspi-

» raciones ideales, entre la conservacion y el progreso, entre el dolor de la humanidad y los placeres de la vida, entre la necesidad del trabajo y la esperanza del reposo, entre la abnegacion del deber y el desarrollo de la pasion, entre las sujestiones de la utilidad y los sentimientos del corazon; » ni en el interés de todos, ni en el interés de nadie; ni en la Moral del interés, ni en la Economía política, que no representaba sino el interés, á su juicio; ni en el Socialismo, que para él no podia ser tampoco otra cosa que el interés; ni en la Política, que él pensaba asimismo que no se componía sino de intereses. *Lo que fué, eso será*, dicen los libros santos, y repetíalo con entusiasmo Pastor Diaz; y como él comenzase por asentar que al cristianismo, y no más, se debe la emancipacion del trabajo, y el haberse cambiado con la condicion del obrero la forma de la produccion en los tiempos en que era vil el trabajo, y el trabajador, esclavo, ahora tambien pensaba que podría organizar al fin el cristianismo el trabajo mismo; que podría igualmente modificar las condiciones del repartimiento y del consumo; y que podría por último producir de la propia suerte una retribucion más abundosa, y una moralizacion más elevada para los trabajadores, sin perturbar la sociedad moderna.

Todo lo que llevo dicho; y cuanto pudiera decir acerca de la obra entera, se resume por tanto en estas palabras de Pastor Diaz, con que formula al término del libro, su única conclusion, que él cuenta al paso por su única ciencia: « para el hombre, » escribe, « de la civilizacion y del progreso, » la cuestion de crear riquezas y de comunicarlas, » la cuestion de capital y de trabajo, y de propiedad, y de comercio, no es una cuestion de interés » y de cálculo, es una cuestion de obligacion, de moralidad; y es una cuestion, que como la del matrimonio, no puede resolverla la humanidad » sinó delante de Dios, y al pié de los altares. » Y basta ciertamente con esto para comprender el espíritu: que para conocer la letra, el razonamiento, la corteza resplandeciente que cubre ésta que puede llamarse médula del libro, preciso es habersele oido leer con su arte mágica al autor, como yo se le he oido, ó leerlo ahora, con la detencion y el recogimiento, que de suyo el asunto exige, y los talentos del escritor, tambien por su parte reclaman.

Mas es claro que no llega Pastor Diaz á establecer su conclusion, ni á descubrir siquiera la tendencia de su obra, sin haber ántes discurrido largamente sobre Historia y Filosofía, y sin haber analizado bien al paso, no pocos de aquellos temerosos problemas, cuya única solucion, como se ha visto,

juzgaba él que daba la doctrina cristiana. Es una introduccion que, cuando más, prepare á la comprension del libro, no su crítica, lo que hacer aquí me he propuesto. Por eso dejo aparte algunos juicios históricos; y tal cual apreciacion filosófica ó económica, con que no estoy conforme. No creo, sin embargo, que deba pasar en silencio una cosa singular, y que muestra hasta qué punto influyeron tambien en Pastor Diaz las ideas, contemporáneas, como influyen las ideas predominantes, en cualquiera época, sobre los hombres que las conocen y explican, aunque sea lo que precisamente se propongan, contradecirlas ó refutarlas.

Era en 1849, cuando leyó sus brillantes lecciones Pastor Diaz (y no hay que asombrarse), tan enemigo ni más ni ménos de la *Economía política*, como los peligrosos novadores que á la sazón agitaban al mundo: era tan opuesto al principio *individualista*, como los más ardientes sectarios del socialismo á quien combatía; y era, por último, un verdadero socialista él mismo, tomando en su sentido político y económico esta fatídica palabra. «Considerad sólo al individuo,» decia, y vá de muestra: «y por más que hagais sumas inconmensurables de calidades individuales, nunca llegaréis á encontrar una ley, ni una fuerza de asociacion:» consideradle solo, y no le encontraréis ni dere-

» chos ni obligaciones; no veréis en torno de él ni » autoridad, ni religion, ni humanidad, ni justicia, » ni libertad siquiera.» Y más léjos, deducia de esto como verdad inconcusa, aunque sospechando que no era difícil que la tomasen muchos por paradoja que «lo que no hay en la naturaleza son individuos;» asemejando en la sociedad al hombre con su pintoresco estilo, «á las moléculas en los » cuerpos, á los órganos en la existencia vital de » los seres animados, al globo en el sistema solar; » á los sistemas, en fin, de soles, de mundos, y de » generaciones en las inconmensurables profundidades de la omnipotencia divina.» No hace falta más para demostrar que era en cierta forma socialista el autor como he dicho; pero á mayor abundamiento lo reconoció él propio al declarar que con buen derecho aspiraría á tal dictado, si no estuviese consagrado éste por el uso en un sentido, que no estaba ya en su poder alterar, ni en su intencion tampoco.

No sé yo si podría justamente dispensarme de dar mi opinion acerca de este punto; mas ya que me ponga á ello, brevemente he de hacerlo. Lo propio que Pastor Diaz se declaraba filosóficamente *socialista*, soy yo por mi parte *individualista*, en el sentido filosófico y económico de la palabra. Si la fuerza, el progreso y la grandeza de la comun

asociación humana, fueran el verdadero objeto de la vida terrenal de los hombres, no sería gran yerro escoger por ideal de semejante aspiración en la Historia, al Imperio romano, con su estado de las personas, que ofrecía millares y millares de esclavos á una voluntad única, para que con ellos pudiera, sin contar con el auxilio de la mecánica moderna, montar unos sobre otros los sillares y levantar unas encima de otras las columnas y pilastras del *Colosseo*, ó conducir, no empujándolo el mar ni la tierra, desde Egipto á Roma, á fin de coronar con ellos los mausoléos ó las *spinas* de los circos, los *monolithos* gigantescos que aun decoran las plazas de la Ciudad eterna: con su poderosa administración que, no obstante el carácter municipal ó local, que realmente la distinguía, ha dejado al cabo en las orillas del Guadalquivir, del Danubio, y del Euphrates la tradición de unas mismas instituciones; nombres de idénticas cosas, é iguales ruinas de caminos, de puentes, de puertos, de palacios y templos: con su irresistible superioridad militar, que mientras duró, fué imponiendo más rápidamente que éxito semejante se haya logrado luego en tiempo alguno, las ciencias y las artes clásicas, y las ideas de los pueblos ya cultos, á los bárbaros de casi todas las regiones: con la posibilidad de una centralización omnipotente en

que ya pensó Mecenas; y que habría producido por de pronto la unidad de monedas, de medidas y pesas; favorecido el uso tan adelantado, aun sin eso, de una sola lengua general; y abierto fácil paso á la libertad absoluta del comercio y otras ventajas económicas de no mucha menor importancia, tan cómodamente realizables entónces, dada la fusión de todos los pueblos civilizados en uno sólo, como es lento y difícil el alcanzarlas ahora, en el despedazado territorio que ocupan las naciones modernas. Pero sobre aquel ideal superior de asociación humana está sin duda el ideal moderno, principalmente á causa de que, aun á costa de la fuerza social, en ocasiones, constantemente enaltece y perfecciona á los individuos. Dios mismo, en los Evangelios, no aparece como ley ó fuerza social, inmaterial y abstracta, que bien pudiera adoptar como cualquiera otra, esa forma para conducir el género humano al cumplimiento de sus destinos: lo que se hizo fué individuo, fué hombre. La sociedad, es cierto, viene á ser como otra atmósfera, fuera de la cual no podría habitar el hombre: en ella como que respira su inteligencia; con el contacto de ella se forman, se completan, se renuevan, se perfeccionan sus ideas: sin ella serían inútiles no pocas de las facultades humanas, y otras no llegarían á desarrollarse siquiera. Más con todo eso, no está

hecho el hombre, en mi opinion, y en la de muchos, para la sociedad, sinó la sociedad para el hombre; el hombre, y no la sociedad, es quien está formado á semejanza de Dios, segun el libro santo; en cada hombre hay no tanto sinó más *libre albedrio*, que en la sociedad entera; y cualquiera hombre solo es más responsable de sus propias acciones, y es moralmente más grande, por lo mismo, que todo el género humano, cuando obra en asociacion, y en conjunto. La doctrina opuesta no es más al cabo que la de Hegel y sus discípulos que hacen del Estado, voz y brazo de la sociedad, un sér aparte, y distinto de cualquiera otro; dotado de naturaleza y carácter propios, y de derechos especiales, que á nadie debe ni puede nadie quitarle; por sí mismo subsistente, inmutable, absoluto: ella ha conducido á muchos, no tan íntimamente religiosos como Pastor Diaz, al panteísmo; y como por la mano, lleva á la tiranía en lo político, y en lo económico al socialismo. Por eso no puedo yo ménos de contradecirla algun tanto aquí ahora.

Pero si bien todo se mira, lo que quiso combatir, y lo que en realidad combatió elocuentísimamente Pastor Diaz, no fué este ó el otro principio originario en particular, sinó más bien las consecuencias impías que de todos ellos pueden igualmente sacarse. Fué defender á la Iglesia en su propia cáte-

dra, y sobre las catacumbas mismas atacada; á la autoridad de los Tronos, en casi todas partes desconocida; al órden público, por donde quiera quebrantado; al estado social en inmenso peligro: todo lo santo, todo lo antiguo, todo lo necesario; todo lo inevitable; todo lo práctico, en fin, negado ó combatido á un tiempo por los novadores. Y si del socialismo, especialmente, por ahora en la discusion vencido, quedaran todavía restos en alguna parte; ó tan desdichada fuese por ventura la España mística y guerrera del siglo XVI, servil y pobre en el XVII, decaida casi siempre desde entónces, sin que ni una mudanza de dinastía, ni dos guerras de sucesion encarnizadas, ni una contienda épica por su independencía, ni sesenta años, en fin, de revoluciones políticas, la hayan podido poner en camino de recobrar de verdad su grandeza; que aún deba contársela hoy en dia por la única nacion de Europa donde de vez en cuando todavía se predique el comunismo, ó se organice un socialismo impío y disolvente, por los campos, ningun otro remedio moral ofrecerán contra eso los libros, ni de tan segura eficacia, como aquel con que brinda á cada paso la lectura de estas poéticas lecciones. Porque en ellas todo es hermoso ménos el mal, la impiedad, la violencia, el desasosiego, el deseo exclusivo de los bienes terrenales: aquí

la sociedad, ya que aparezca con mayores funciones que las que por su propia naturaleza la corresponden, se presenta siempre á los ojos para reclamar el respeto, como protectora de la independencia; como administradora de la justicia; como guarda de todos los intereses morales; como custodia de la Religión, que es la sancion divina de la conciencia pública. Aquí al capital se le enaltece diciendo que es la civilizacion misma, considerada en sus fenómenos exteriores y permanentes; producto propio del hombre, como el Universo, de Dios; la más grande, por tanto, y la más inviolable de las creaciones humanas: aquí, en fin, aparece bien y cumplidamente demostrado que la libertad del trabajo es esencialmente toda la libertad del hombre; y que «lo que se llama libertad individual y libertad de conciencia, libertad civil, y libertad social no es otra cosa que el trabajo libre.» Ni hay que buscar entre estas y otras doctrinas del autor contradicciones. Rara vez dejan de poderse señalar éstas en los principios, cuando se examina de cerca cualquier doctrina de aplicacion social: ménos puede esperarse todavía, que se junten en indisoluble consorcio las idéas en estas obras literarias, que germinan, y brotan, y crecen al sofocante calor de las revoluciones generales. Y de esta manera considerada la de Pastor Diaz, hija de la fé, aún más

que de su levantada inteligencia; del sentimiento todavía más que del raciocinio; verdadera en sus afirmaciones, aunque fuese errado, á las veces, el procedimiento para llegar á ellas; consoladora, reparadora, entusiasta, en medio de las universales tristezas de entónces, no ha de juzgarse al por menor; hay que estimarla; hay que aplaudirla; hay, hasta que admirarla, como yo la admiro, en el todo.

Y eso, que no he dicho todavía que la lengua castellana, grande amiga desde fines del siglo XV de las más oscuras cuestiones de la filosofía, pero que no por eso ha podido ofrecer más tarde muchos modelos en este género, que hayan de estudiarse con fruto, también debe no pocos beneficios al autor de los *Problemas del Socialismo*. Han llamado primero mi atención, como creo que merecen llamar la de cuantos lean este libro, las circunstancias en que se escribió, y la ocasion en que se dieron al público sus páginas. En segundo lugar, me he ocupado en señalar la tendencia de la obra, el espíritu que la anima; y no creo, tampoco, desacertada tal preferencia. He señalado, en tercer lugar, una doctrina fundamental, con altos y nobles intentos enseñada por el autor, pero que, á mi juicio, convenía rectificar; y otras, en cambio, útiles y ciertas. Y al paso también he dicho ya lo suficiente

acerca de las cualidades del estilo de Pastor Diaz, que son en esta las mismas que en otras de sus obras. Ahora no quiero concluir este, ya largo prólogo, sin decir asimismo alguna cosa del lenguaje filosófico por el autor empleado.

Formalmente he indicado ya, y lo repito, que este libro ha de estudiarse con provecho, en mi concepto, por los amantes fieles del habla castellana. No es ciertamente que no puedan señalarse atrevidos ó extraños neologismos en su lenguaje; ó que sea siempre en sus frases castizo y correcto el régimen, clara ó exacta la estructura; bien proporcionada, en suma, en todos los casos al concepto la forma. Si esto puede con alguna severidad exigirse á los modernos escritores castellanos, que, despues de tantos otros doctos ó grandes, traten ahora de poesía ó de Historia, y escriban comedias de amor, ó novelas picarescas, no es igualmente equitativo reclamarlo de los pocos que se proponen explicar en nuestra lengua, las leyes ó los fenómenos del espíritu humano, que enseñan la Filosofía y las ciencias sociales. Tres siglos de enmudecimiento en estas materias, hacen hasta cierto punto á nuestra lengua desconocida ó extraña en ellas. Nuestros escritores místicos son por lo general más elocuentes ó persuasivos, dulces ó tiernos, que analíticos ó expositores de doctrinas: nuestros po-

líticos, aunque dignos, como me propongo probar en otra ocasion, de más estima que se les ha mostrado hasta aquí, rara vez levantaron sus ánimos á la contemplacion de los primeros principios de las cosas que trataban: otro tanto acontece con los economistas y arbitristas del buen tiempo. Y escritas casi siempre en latin la Teología y la Filosofía, mal pudo ejercitar en estas ciencias el romance sus medios. Algo se hizo, no obstante, en este punto, y eso muy bueno: bastante á demostrar desde luego, ámpliamente, como se podría con tiempo y espacio, que era tan capaz como la que más la lengua castellana de expresar con claridad y exactitud los más hondos, ó los más abstractos conceptos. Pero no hay que engañarse: las violencias que hace, en ocasiones, al uso del lenguaje castellano Pastor Diaz, como se las han hecho cuantos han escrito de Filosofía en España en estos últimos tiempos, tarde ó temprano hubiera habido que hacérselas; á no dudarlo tan pronto como se hubiese querido apropiarse del todo á las necesidades de la reflexion filosófica, el romance castellano. Todo estaba en el modo de hacer al uso del lenguaje tales violencias; que ellas podían ser inútiles como convenientes; pueriles, como graves; inteligentes y acertadas, como fruto del descuido, de la ignorancia, ó de la incompleta comprension de las ideas y

de las palabras. De aquí que sólo debiesen intentar grandes escritores, como Pastor Diaz; pero por eso mismo, el ensayo de lenguaje filosófico castellano, que él hizo, en esta y otras obras análogas, bien puede recomendarse con confianza. Tal vez no se haya hecho otro más feliz todavía.

Que si en algun punto necesitase nuestro autor de disculpa, fácilmente podría yo hallarla, registrando los libros de los pocos españoles que, en los siglos pasados, trataron semejantes materias. Hablando precisamente de *neologismos* filosóficos, fray Ángel de Badajoz, que compuso una especie de prólogo para los *Triunfos del amor de Dios*, obra muy bien escrita por Fr. Juan de los Ángeles, é impresa en Medina del Campo en 1589, dirigió estas notables palabras, al lector *purista*, de su tiempo: «Dime, por caridad, ¿qué ciencia ó qué arte hay, » ni aun qué oficio, que no tenga sus términos naturales?; ¿y al amor de Dios, ciencia de todas las ciencias, y arte divina, superior á todas las demás, le quieres quitar el privilegio que gozan aun las mecánicas? ¿y á quien tan admirablemente escribe de ella, no darle licencia para que mida sus propios términos?» Es seguro que, desde 1589 acá, á haber habido frecuentes ocasiones de aplicar tal doctrina, ella hubiera introducido en el romance, para formar el lenguaje filosófico,

cuantas novedades hiciesen falta. Lo que nunca ha debido ni debe olvidarse es, que ya que para explicar ideas abstrusas, sea lícito introducir palabras nuevas, ni aun esto ha de hacerse sinó con prudente parsimonia y economía, como enseña el más discreto de los legisladores literarios, en tales palabras:

. *Si fortè necesse est*
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum,
Fingere cinctutis non exaudita Cethegis
Continget, dabiturque licentia sumpta pudenter.

Y cuando no siempre hubiere cumplido con este precepto Pastor Diaz; como cuando no haya acertado en todos los juicios, ó en algunas de las doctrinas de su libro, siempre ofrecerá éste al filósofo ó al gramático que recorra sus hermosas páginas, ocasion de pensar. Porque esta obra es como aquellas plantas beneficiosas, que aunque no siempre den sazonado fruto, ántes fertilizan que empobrecen el terreno en que brotan; como aquellas nubes que, si no traen siempre el riego que falta, purifican con sus brillantes descargas la atmósfera. Notable por sus grandes y frecuentes aciertos, hasta en los errores, cuando los tiene, algo aprovecha y enseña. Una buena intencion constante en el autor;

un alma siempre sensible y elevada, y un talento superior, no desmentido en una sola página, producen este resultado, sólo contradictorio ó paradójico en la apariencia: en realidad natural, y fácil de comprobar con leer el libro.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

MADRID y Julio de 1867.

LOS PROBLEMAS DEL SOCIALISMO.

LECCION PRIMERA.

PREÁMBULO.

I.

Señores: Al dar principio en este recinto á cualquiera otra explicacion, debiera ser mi primero, ó mi único cuidado, anticipar una idéa general del objeto que iba á tratar, y del orden que me propusiera seguir en el curso de estas conferencias. Razones particulares, que someteré á vuestra consideracion, me desvían del método y camino ordinariamente seguidos, y me impelen á reclamar del ilustrado auditorio que me atiende, la indulgente condescendencia de poder yo ocupar previamente esta sesion, con algunas consideraciones preliminares á las cuestiones mismas que me he propuesto discutir. Indicaré de paso los sentimientos que me animan, y los principios que me guían en la atrevida y árdua taréa que he tomado á mi cargo, no ciertamente, — ¡sábelo el cielo! — con la orgullosa esperanza de llevarla á cabo, sinó con la intencion limitada y modesta, de empeñar á otros más dignos y fuertes en este noble palenque.

Hay hombres, Señores, que no pueden oír el toque del clarín sin aprestarse al combate, y sin que se levante su corazón á la emocion de la peléa. Hay hombres, á